

LA SEDUCCIÓN DE URGANDA

Vida y escritos de
Nicolás Díaz de Benjumea

LA SEDUCCIÓN DE URGANDA

Vida y escritos de
Nicolás Díaz de Benjumea

(Sevilla, 1828 - Barcelona, 1884)

Joaquín González Cuenca

VOLUMEN

I

LITERATURA

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

Sevilla 2019

LITERATURA

Nº 150

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA

VOCES LITERARIAS

II

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

COMITÉ EDITORIAL

José Beltrán Fortes
[Director de la Editorial Universidad de Sevilla]
Araceli López Serena
[Subdirectora]

Concepción Barrero Rodríguez
Rafael Fernández Chacón
María Gracia García Martín
Ana Ilundáin Larrañeta
María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Manuel Padilla Cruz
Marta Palenque Sánchez
María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda
José-Leonardo Ruiz Sánchez
Antonio Tejedor Cabrera

COMITÉ EDITORIAL

Soledad Díaz Alarcón
Carmen F. Blanco Valdés
Julian Jiménez Heffernan
Juan Pedro Montener Sala
Pedro Ruiz Pérez

© Joaquín González Cuenca, 2019

© Editorial Universidad de Sevilla, 2019
c/ Porvenir, 27 41013 Sevilla
<https://editorial.us.es> / eus4@us.es

© UCOPRESS Editorial Universidad de Córdoba, 2019
Campus de Rabanales. Crta. Nacional IV, KM. 396 - 14071 Córdoba
Telef.: 957212165
<http://www.uco.es/ucopress> / ucopress@uco.es

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de los editores.

DL: SE 964-2019

ISBN de la obra completa (Editorial Universidad de Sevilla): 978-84-472-1987-2
ISBN volumen I: 978-84-472-2878-2
ISBN volumen II: 978-84-472-2879-9

ISBN de la obra completa (Editorial Universidad de Córdoba): 978-84-9927-465-2
ISBN volumen I: 978-84-9927-466-9
ISBN volumen II: 978-84-9927-467-6

Impreso en papel ecológico.

Maquetación: ed-Libros

Impresión: Tórculo

A ESA MINORÍA QUE BUSCA
EL SENTIDO PROFUNDO DE LAS COSAS

Sevilla, mi amada patria.
(Benjumea, *Discurso de 1878*)

Los que pertenecemos al batallón volante
que tiene por patria el mundo.
(Benjumea, *Viaje a Rusia*)

Yo, como soñador poético, abandoné la carrera en que había consumido con gran parte de intereses gran parte de mi juventud. La poesía de mis sueños y la fuerza de mis cavilaciones me impulsaron a dejar más adelante un puesto honroso y lucrativo para seguir ese *fata Morgana* que me deslumbraba y seducía, haciéndome entrever una nueva corona para Cervantes y una nueva gloria para mi patria.

Por él he abandonado el suelo natal, amigos, intereses, comodidades y reposo, y ya que la constancia y el estudio, ya que tantos sacrificios me convirtieron los sueños en realidades y las cavilaciones en verdades incontestables, he osado aparecer ante el público, instado por personas cuyo consejo es respetable, cuya sinceridad no puede ponerse en duda sin agravio ni su amor a nuestro país sin injusticia.

(Benjumea, *Respuesta a Juan Valera*)



NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA Y OYA¹

«Vestido de toga, de fisonomía simpática e inteligente»² y «de genio franco y abierto».³ «No podrá negar que es sevillano, y de los finos.»⁴

1. *La Ilustración Española y Americana*, año XXVIII, nº 27 (22 de julio de 1884), pág. 44.

2. Así describe *La Correspondencia de España* (25 de junio de 1886) el retrato al óleo de Benjumea, hoy perdido, que pintó y expuso su hermano Rafael (ver pág. 1021).

3. Narciso Campillo, carta a Gumersindo Laverde (22 de septiembre de 1863).

4. Narciso Campillo, carta a Gumersindo Laverde (9 de octubre de 1863).

Nicolaus W. Benjamin

ÍNDICE DE SECUENCIAS¹

VOLUMEN I

Presentación. La seducción de Urganda.....	19
Personajes relacionados con Nicolás Díaz de Benjumea.....	49
1. 1828. Sevilla. Nacimiento y familia	53
2. 1828-1841. Sevilla. Primeros años	63
3. 1841-1849. Sevilla. Estudios universitarios y primeros escritos.....	67
4. Amigos y maestros sevillanos. Otros amigos.....	79
5. 1851-1852. Madrid. Ejercicio de la abogacía. Viaje a Sevilla (1852)..	117
6. 1853-1856. Primera estancia en Londres. Los Wetherell. <i>Mitología de la Revolución</i> (1854). <i>El Figaro</i> (1854)	121
7. 1856-¿1858? Londres. París. San Petersburgo. Al servicio del duque de Osuna (1856-¿1858?). Viaje a Rusia (1856-1857).....	133
8. 1859. ¿Londres? Madrid. Primeros escritos cervantinos. Artículos en <i>La América</i> . («Significación histórica de Cervantes» y «Comentarios filosóficos del Quijote»).....	157
9. 1860-1861. Londres. Artículos en <i>El Español de Ambos Mundos</i> . Bowle y Barette. La cuestión del <i>Buscapié</i>	175
10. <i>La estafeta de Urganda</i> (1861) y su repercusión en la prensa (1ª fase): polémica con Juan Valera (1861-1862). El «esoterismo» de Benjumea	221
11. La crítica de <i>La estafeta de Urganda</i> (II). Carta de <i>El Figaro</i> . Miguel Morayta. Francisco María Tubino. Francisco Giner de los Ríos. Unos juicios de Gumersindo Laverde.....	255

1. Ha sido imposible mantener la clásica distribución por capítulos que respondan a criterios de estricta cronología biográfica. Por tratarse de un escritor, el material que recoge las noticias de índole estrictamente personal es mucho más escaso que el dedicado a la presentación y comentario de los escritos. De ofrecer todo el material en su conjunto, el resultado hubiera sido un texto caótico y el lector se encontraría inevitablemente perdido. En beneficio suyo, he preferido organizar el texto en «tramos» o «secuencias» que, sin perder el hilo cronológico, den posibilidad de interrumpir el relato biográfico con parones, a veces muy dilatados, para presentar uno por uno los escritos de Benjumea, hasta el extremo de que esta biografía pudiera resultar casi un extracto de sus obras completas.

Anticipo que a más de uno estos parones le parecerán premiosos e incluso repetitivos, y lo son. Yo me he propuesto presentar al auténtico Benjumea, y la mejor manera de hacerlo es exponiendo el contenido de sus escritos, con frecuencia cediéndole a él la palabra. Yo no tengo la culpa de que Benjumea fuera premioso y repetitivo. Entiéndase, pues, este «índice de secuencias» como un índice o guía de lectura para que el lector transite con cierta comodidad por un texto que es realmente complejo.

12. 1862-1863. Londres. Sevilla. Polémica con Juan Eugenio Hartzenbusch	277
13. 1863. Londres. Sevilla. El Escorial. Madrid. Londres. 1. Breve polémica con Aureliano Fernández-Guerra. 2. «El suplicio de los Comuneros» y otros versos en el <i>Romancero español contemporáneo</i> . 3. Verano en Sevilla. Versos para Antonia Díaz de Lamarque. El fallido «certamen literario». Narciso Campillo y la «andaluza Dolores». 4. Otoño en El Escorial. Madrid. Vuelta a Londres. 5. Cuatro artículos cervantinos.....	283
14. <i>Ingenio político de la nación española</i> (1863)	315
15. <i>Gibraltar a España</i> (1863)	323
16. 1863. Un proyecto no realizado: un libro sobre <i>La estafeta de Urganda</i> y su repercusión en la prensa.....	339
17. 1863-1864. Artículos y versos en la revista satírica gaditana <i>Sancho Panza</i>	343
18. Antonio Puigblanch y su influencia en Benjumea	349
19. Una bronca entre sevillanos: la polémica interminable con José M. ^a Asensio (1863...). Una carta de Máinez en defensa de Benjumea (1868).....	361
20. Artículos sobre el <i>Palmerín de Inglaterra</i> (1863-1864)	405
21. 1864. Madrid, Sevilla, Londres. Diario <i>La Unión</i> . Artículos en <i>El Museo Universal</i> y en <i>El Contemporáneo</i> . Verano en Sevilla. Grave enfermedad. Vuelta a Londres en el otoño	409
22. <i>El solterón</i> (1864).....	427
23. <i>Costumbres del universo</i> (1864-1866)	439
24. 1865. Londres. El romance cervantino «La plegaria del cautivo». Un libro de (malos) versos: <i>Ciencia popular</i>	489
25. <i>El correo de Alquife</i> (1865-1866)	499
26. 1866. Londres, Barcelona, París, Londres. El romance cervantino «La fuga del baño» (primera versión). Breve estancia en Barcelona.	515
27. 1867. Londres. París. Madrid. Viaje de ida y vuelta a París. El romance cervantino «La cueva de Agi Morato». Benjumea escribe teatro. Polémica con Manuel Víctor García. Carta cervantina al Doctor Thebussem.	521
28. 1868. Madrid. Sevilla (Semana Santa). Córdoba. Madrid. «Oda a fray Luis de León». Prólogo a una edición de los <i>Entremeses</i> de Cervantes.....	535
29. «Viajeros ingleses en España» (1868).....	541

30. 1868-1869. Madrid. Al servicio del Partido Demócrata. Benjumea, redactor de <i>El Programa. La cuestión del día (Diálogo de un español y un extranjero)</i> . <i>Cartilla para electores</i> . Nuevo artículo sobre Gibraltar	563
31. 1869. Madrid (enero-agosto). Londres. <i>El Museo Universal</i> (Versos y prosas.) « <i>Teatro político-social</i> , de don José María Gutiérrez de Alba». «Revistas de la semana»	587

VOLUMEN II

32. 1870. Londres. Un artículo cervantino en <i>Las Noticias</i> . Miembro de la Academia das Ciências de Lisboa. El <i>Discurso sobre el «Palmerín de Inglaterra»</i>	645
33. 1872-1876. Benjumea, Máinez y la <i>Crónica de los Cervantistas</i>	655
34. 1873-1874. Londres. <i>El Eco de Ambos Mundos</i> . Artículos y versos. El romance cervantino «El más osado proyecto»	671
35. 1874. Londres. Benjumea y Luis Ricardo Fors. La Masonería	689
36. 1875. Londres. <i>El mensaje de Merlín</i> y el «Ex-prólogo al <i>Mensaje de Merlín</i> ». Una crítica de <i>El Ateneo</i> de Sevilla	697
37. 1876. Londres. ¿Viaje a Cádiz? Prólogo para un libro de cuentos andaluces	717
38. 1877. Londres. Amberes. Sevilla. Cádiz. Artículos en la <i>Revista Contemporánea</i> y en <i>La Ilustración Española y Americana</i> . Los inventos de Lasala	721
39. 1877-1879. Patrocinio de Biedma. Versos y artículos en la revista <i>Cádiz</i>	737
40. «La gran causa del bello sexo» (<i>Cádiz</i> , octubre 1877-enero 1879). Lecciones de feminismo.	745
41. 1878. Sevilla. ¿Madrid? Londres. El discurso sobre Cervantes en el Ayuntamiento de Sevilla (14 de enero). Versos para Tassara. Nuevos artículos	767
42. <i>La verdad sobre el «Quijote»</i> . <i>Novísima historia crítica de la vida de Cervantes</i> (1878)	781
43. 1878-1879. Artículos en la <i>Revista de España</i> sobre «El progreso en la crítica del <i>Quijote</i> »	805
44. 1879. Madrid. Londres. Traducción de <i>El cazador furtivo</i> , de F. Marryat. Versos en el <i>Novísimo romancero español</i>	831

45. Los artículos de Manuel de la Revilla (verano de 1879)	837
46. Los años finales (1880-1884). Barcelona.....	849
47. 1880-1881. Artículos cervantinos en <i>La Época</i>	855
48. La edición del <i>Quijote</i> (1880, 1883). La «Vida de Cervantes» y las «Notas sobre el sentido espiritual del <i>Quijote</i> ». Benjumea masón.....	861
49. 1881. Viaje a Sevilla en Semana Santa	937
50. <i>Los hombres españoles, americanos y lusitanos pintados por sí mismos</i> (¿1882?)	939
51. 1883. Barcelona. Artículos en <i>Notas Musicales y Literarias</i>	947
52. 1883. Barcelona. Artículos y versos en <i>La Ilustración</i> de Barcelona....	963
53. 1883-1884. Barcelona. <i>La Ilustración de la Mujer</i> , de Barcelona: nuevas lecciones de feminismo.....	985
54. Escritos póstumos. Artículos en <i>La Ilustración</i> , de Barcelona (1884-1885) y en <i>La Ilustración Artística</i> , de Barcelona (1886-1887). «Episodios cómicos de un viaje a Rusia» (1886-1887) y «Fiestas populares en Inglaterra» (1887).....	1007
55. 1884. Barcelona. Últimos días. La muerte.....	1015
56. Necrológicas y semblanzas biográficas	1019
57. Una calle y una lápida en Sevilla	1029
 APUNTE FINAL	 1033
 APÉNDICES.....	 1035
Apéndice I. Inventario de los escritos de Benjumea por orden cronológico	1037
Apéndice II. Epistolario.....	1057
Apéndice III. Anuncio publicitario y proyecto de un volumen con la edición de <i>La estafeta de Urganda</i> , sus antecedentes y su impacto (1863).....	1129
Apéndice IV. Las misceláneas de La Barrera y de Asensio.....	1133
Apéndice V. Benjumea y los críticos.....	1139
 BIBLIOGRAFÍA.....	 1251

Presentación

La seducción de Urganda

Es más que probable que el título del libro, *La seducción de Urganda*, resulte una extravagancia o un enigma para lectores que no sean avezados cervantistas y puede que el Nicolás Díaz de Benjumea que aparece en el subtítulo no diga nada o diga muy poco al común de los lectores. Con un agravante: la desorientación sube de grado al intentar conjugar el título y el subtítulo. Todo ello exige una explicación, que es lo que voy a intentar hacer en estas páginas introductorias, que más que una presentación al uso deben tomarse como una síntesis o resumen de todo lo que se dice en el libro.¹

Lo sorprendente y (¿por qué no?) extravagante del personaje seductor, «Urganda la desconocida», fue ocurrencia de Cervantes, que puso al frente del *Quijote* unos extraños versos de la maga que son para Benjumea la clave de la novela. Dejo para luego el desarrollo de esta idea.

En cuanto al personaje biografiado, Nicolás Díaz de Benjumea, me permito comenzar por una obviedad: Nicolás Díaz de Benjumea es, hasta cierto punto, un desconocido. Para mí, como para todos, Benjumea era simplemente un cervantista del siglo XIX, con sugestivas y un tanto excéntricas teorías sobre el sentido oculto del *Quijote*. Sobre él cayó como una losa el calificativo de «esotérico», con que le crucificó Juan Valera² y con el que,

1. Quizá hubiera sido preferible colocar esta «Presentación» antes que el «Índice de secuencias» (págs. 15-18), y hay razones para ello. No obstante, a la vista de la extensión del texto de la «Presentación» y de que mantengo para el «Índice de secuencias» su condición de «índice», creo que es éste lo que he de ir en primer lugar, como manda el protocolo. Compréndanse mis razones. En fin, dicho llanamente, no es posible sorber y soplar al mismo tiempo.

2. Hay que reconocer que el mismo Benjumea dio pie para que Valera se lo echara en cara. En el artículo «*Caveant consules*», inmediatamente anterior a *La estafeta de Urganda*, Benjumea hace uso de la expresión «doctrina esotérica», pero sin el sentido peyorativo con que lo utilizaron sus adversarios.

por inercia, le caracterizan los cervantistas, sin pararse a pensar lo que dicen.¹ Yo me acerqué a él por mera curiosidad, y al acercarme a sus textos, descubrí que el personaje me resultaba atractivo y su figura mucho más rica que la de un pintoresco cervantista.

Cuando comencé mis indagaciones, la dimensión humana del escritor era apenas una sombra. Una página escasa en el *Diccionario* de Méndez Benjarano, un artículo en la *Enciclopedia Espasa* y poco más era todo el material biográfico con que contaba. Era, sí, conocido en el círculo de los cervantistas como uno más de entre ellos, pero con su imagen distorsionada por los críticos que han venido repitiendo y simplificando sus teorías, sin duda pintorescas, sobre Cervantes y el *Quijote*. En los intentos de exposición cronológica de las interpretaciones de la gran novela cervantina, cuando le toca el turno a Benjumea se carga la mano en la excentricidad de sus hipótesis y sanseacabó.

Por limitarme a un ejemplo, un crítico tan agudo como Anthony Close le dedica un epígrafe en su estudio sobre *La interpretación romántica del «Quijote»*², en el que recoge el común sentir sobre la endeblez de su concepción sobre el sentido profundo del *Quijote* («su crítica alegórica es ciertamente ingenua y pueril»). Pero Close no se deja llevar por la opinión mostrenca y le reconoce «una imaginación capaz de doblar el peso de la opinión tradicional e imponer la nueva concepción romántica» y «una tal agudeza de percepción que anticipó muchas de las ideas centrales de [otros] críticos». Sin duda alguna, «la obra de Benjumea transformó la crítica española». Yo diría que en su tiempo obligó a pensar, y, aunque no fuera más que por eso, hay razón suficiente para concederle un lugar destacado en la historia del cervantismo.

La originalidad y el pintoresquismo de sus teorías fueron precisamente el señuelo que a mí me atrajo. Inicié una penosa cuesta arriba para comprobar,

En *La estafeta de Urganda* aparece la expresión «sátira esotérica», aplicada al *Quijote* y también sin sentido peyorativo.

1. A lo largo de estas páginas repetiré hasta la saciedad que, con el *Diccionario* de la RAE en la mano, me parece abusivo considerar «esotérico» el cervantismo de Benjumea, por carecer del componente de ocultismo iniciático que conlleva el término. (Ver especialmente lo dicho más adelante, en págs. 26-27, 234-237, 241-242).

2. «El método “filosófico” de Benjumea», *La interpretación romántica del «Quijote»*, Barcelona, Crítica, 2005 [ed. original inglesa: *The Romantic Approach to «Don Quijote»*, 1978], págs. 135 y ss. Una síntesis de urgencia de la doctrina de Benjumea puede verse en Diego Martínez Torrón, «La polémica cervantina de Díaz Benjumea», en D. Martínez Torrón (ed.), *Sobre Cervantes*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003, págs. 115-124, y «Nicolás Díaz Benjumea», en Carlos Alvar (dir.), *Gran enciclopedia cervantina*, Alcalá de Henares-Madrid, Centro de Estudios Cervantinos y Editorial Castalia, IV (2007), págs. 3450-3454. El lugar de Benjumea en la historia del cervantismo puede verse en César Real de la Riva, Alberto Navarro y Ascensión Rivas Hernández, citados más adelante.

con los textos en la mano, cuánto había de pintoresco y cuánto de original en sus propuestas y pronto llegué al convencimiento de que Benjumea había construido un mundo cerrado y complejo, en el que se instaló a cierraos y del que no supo o no quiso salir. De ahí que para comprender su cervantismo es preciso reconstruir su mundo, los materiales ideológicos empleados en su construcción y, paralelamente, la peripecia vital que sirvió de soporte a sus cavilaciones. Su cervantismo es sólo una parcela de su periodismo, volcado en la transmisión de lo que observaba al hilo de sus vivencias. Una larga convivencia con él me autoriza a presentar un Benjumea de cuerpo entero, que, como veremos, fue mucho más que un cervantista visionario.

Nicolás Díaz de Benjumea y Oya nació en Sevilla, en la calle Toqueros (hoy Conde de Ibarra), el 9 de marzo de 1828. En su Sevilla natal transcurren su infancia, su adolescencia y su primera juventud. En la vieja Universidad de la actual calle Laraña cursa los estudios de Jurisprudencia hasta alcanzar el grado de licenciado en la primavera de 1849. Como otros sevillanos de su generación, busca fortuna en Madrid.

En la primavera de 1851 ingresa en el Colegio de Abogados de Madrid y en la de 1853 se da de baja sin haber llevado un solo pleito. Fueron dos años perdidos para la abogacía, pero, dado su carácter, es de suponer que muy fecundos en experiencias en un Madrid agitado por la literatura y la política. A pesar de tan corta, por no decir nula, experiencia como profesional de la abogacía, él siempre, hasta su muerte en Barcelona, se consideró y se presentó como hombre de leyes, más que nada como un adorno.

En el otoño de 1852 muere su padre, y Nicolás se desplaza a Londres para gestionar los negocios familiares como representante de la firma «Benjumea Hermanos», negocios a los que, ciertamente, no se entregó con mucha pasión. Lo más probable es que abandonara España a raíz de su baja en el Colegio de Abogados de Madrid, que firma el 30 de marzo de 1853. A partir de entonces Londres será su lugar de residencia, o al menos su base de operaciones, hasta sus últimos años, en que reside y muere en Barcelona. Durante su estancia en Inglaterra fueron frecuentes sus idas y venidas a España (Madrid, Sevilla, Cádiz, Barcelona) y al extranjero (París, Lisboa, Amberes, San Petersburgo...). Como él mismo dice, castizamente, pasará la vida «oliendo incesantemente el zancajo a las locomotoras y en este continuo vaivén».

Es importante aclarar que sus intermitentes y prolongadas estancias en Inglaterra no responden a motivaciones políticas. Su caso no es el de los emigrados, más bien exiliados forzosos, que por esos años y al ritmo de los sobresaltos de la situación política cambiante se ven obligados a abandonar España

para salvar su vida o su libertad. No corrió, ni mucho menos, lo que Eugenio de Ochoa llamaba «la triste suerte de los proscritos». Fue una opción libre y voluntaria, que le lleva a una actividad tan poco romántica como es la de gestionar, aunque de mala gana, los negocios familiares. Aunque su integración en la vida inglesa fue muy intensa, no llegó al grado de integración de un Blanco White, por ejemplo. En la lejanía, Benjumea no se desarraigó. Mantuvo siempre vivo su contacto con la realidad política y cultural, sobre todo literaria, de su España natal, y, a la inversa, cuando escribe sobre la realidad española, no pierde ocasión de cotejarla con la inglesa, admirada, sin duda, pero también descrita llena de sombras.

22

Instalado en Londres y consagrado a los negocios, más parece haberse dedicado a imbuirse de literatura revolucionaria y a frecuentar el trato de los exiliados continentales que se habían refugiado en la capital británica. Disponemos de un testimonio suyo en el que nos revela los círculos políticos que frecuentaba en Londres. En 1886, muerto ya Benjumea, *La Ilustración Artística* (Barcelona) publicó una serie de artículos suyos,¹ en los que cuenta sus experiencias como secretario particular del duque de Osuna en la legación diplomática que visitó la corte de San Petersburgo en el invierno de 1856. Benjumea abre la serie rememorando el ambiente que había frecuentado en Londres:

Hacia algún tiempo que residía en Inglaterra y estaba acostumbrado a respirar en una atmósfera físicamente nebulosa, pero políticamente de las más claras y diáfanas de Europa. [...] Había conocido a grandes personajes emigrados de Hungría, Polonia, Rusia, Italia, Alemania y, sobre todo, de Francia, refugiados en Londres, principalmente a Mazzini, Kossuth, Ledru-Rollin, en suma, así a los que frecuentaban los salones del radical miembro del Parlamento inglés, Peter Taylor, como a los que comían en el modestísimo restaurant de *La Boule d'Or*, en Chappel Street, y hasta había reunido una colección de folletos, opúsculos, cartas, necrologías y discursos que llamaba la *Biblioteca del destierro*, en que figuraban por su estilo y su fondo Victor Hugo, Alejandro Herzen, Félix Pyat y otras notables plumas.

En el trato con esos personajes y en la lectura de esas obras está la clave de su ideología. Al calor de esa convivencia fermenta el liberalismo de

1. N. Díaz de Benjumea, «Episodios cómicos de un viaje a Rusia», *La Ilustración Artística* (Barcelona), 29 de noviembre de 1886 a 30 de enero de 1887. [12 artículos en 5 entregas].

Benjumea, pieza fundamental de su ideario, reflejado en sus escritos políticos y, de rechazo, también en su cervantismo.

A partir de su desembarco en Inglaterra la peripecia vital de Benjumea, aunque agitada, es fácil de resumir. Se reduce a la gestión de sus negocios y al ejercicio del periodismo, practicado con pasión, tanto en su acepción más amplia como en las áreas restringidas del cervantismo, el costumbrismo y la política. Pero lo que es fácil de resumir resulta difícil de reconstruir detalladamente para elaborar una auténtica biografía.

Para llevar a cabo mi proyecto me he encontrado con dos escollos que me han sido muy difícil de superar: la dispersión de sus escritos, perdidos en el maremágnum de la prensa periódica, y la escasez de documentación personal. A lo primero he intentado poner remedio con una paciencia y laboriosidad de las que yo mismo me sorprendo. En cuanto a lo segundo, por desconocer el paradero de su archivo y su biblioteca me he visto obligado a poner los cinco sentidos en la rebusca de las alusiones y pistas que el mismo Benjumea fue dejando en sus escritos. Sólo así he podido recomponer en lo posible su itinerario vital y, lo que es más difícil, hurgar en su mundo interior y asistir a la evolución de sus ideas y creencias. Tan difícil ha sido mi labor que he tenido que recurrir a una técnica o truco, si se quiere, más que discutible: exhumar la escasa documentación personal que he logrado localizar y explayarme en el comentario de las obras, una a una, y cediendo la palabra al protagonista en forma de citas literales, hasta el extremo de que esto parezca más una glosa de sus escritos que una biografía.

Ciertamente, en todos los escritos de Benjumea aflora una sinceridad espontánea que permite identificar al hombre que está detrás de ellos, y en este sentido Benjumea es pura transparencia. Pero como fuente documental esto es a todas luces insuficiente. De haber dispuesto de su archivo, esta biografía hubiera sido muy otra. A su muerte en Barcelona es de suponer que sus pertenencias pasaran a sus herederos, en este caso a sus hermanos. Si él no, sus hermanos tuvieron descendencia, pero a pesar de mis intentos, no me ha sido posible seguir su pista. El apellido «Díaz de Benjumea» o «Díaz Benjumea», se ha diluido con el paso de las generaciones. ¡A saber qué ha sido de sus libros y papeles! Ante la escasez de documentación, no he tenido más remedio que proceder por indicios y a salto de mata, con el peligro que ello supone.

Menos mal que en medio de tanta precariedad de documentos, he tenido la fortuna de disponer de las cartas a su amigo Narciso Campillo¹, conservadas en la Biblioteca Nacional. Gracias a ellas he podido tener acceso a su estricta privacidad, al menos en los años más característicos de su vida, con la peculiaridad de que en esas cartas se nos descubre sin rebozo un Benjumea vital, desinhibido y hasta con un toque de juerguista. Pero insisto en que esto es insuficiente.

La escasez de documentos no ha sido el único obstáculo para perfilar debidamente su personalidad. En el caso de Benjumea confluyen otros factores que desesperan al biógrafo. Por una parte, la época que le tocó vivir, la de las décadas centrales del siglo XIX, es ya de por sí suficientemente compleja y enmarañada. En segundo lugar, su actividad periodística, proteica y dispersa, dificulta no ya su exhumación, sino su mera localización, máxime cuando está por hacer un inventario riguroso de toda la caudalosa producción periodística de la época. En tercer lugar, el trajín viajero al que Benjumea se vio sometido, tanto por la Península como por el extranjero, obliga a ubicarlo en ambientes de difícil acceso.

Aún así, y a pesar de mis carencias, creo haber delineado con nitidez su figura en su dimensión de escritor y periodista integral y no sólo como cervantista, aunque ésta sea su faceta más difundida. A ésta me referiré en primer lugar, con una previa aclaración.

Las coordenadas interiores de Benjumea son muy nítidas: un liberalismo radical, un cervantismo apasionado y un sentido de la modernidad y el progreso en todo lo que toca. Con estas mimbres teje él todos sus cestos, y lo hace de un modo sistemático y con una terquedad inquebrantable. Esto trae como consecuencia el carácter repetitivo de sus escritos cervantinos y, por ceñirse a ellos, el biógrafo se ha visto obligado a la reiteración. De veras que siento mucho ser repetitivo, pero tengo el deber de seguir sus huellas, y sus huellas suelen llevarnos una y otra vez al punto de partida.

Dicho esto, es el momento de abordar la cuestión aparentemente nuclear: el cervantismo del escritor sevillano.

Ya he dicho que me acerqué a Benjumea por curiosidad. Para mí, como para todos, Benjumea era simplemente un cervantista del siglo XIX, con sugestivas y un tanto excéntricas teorías sobre el sentido oculto del *Quijote*. Al

1. Narciso Campillo (1835-1900), sevillano, como Benjumea, y gran amigo de Bécquer, escritor en prosa y verso, fue catedrático de Retórica y Poética en Cádiz y Madrid. Compartió con Benjumea un liberalismo militante y la adhesión al Partido Democrático.

acercarme a sus textos, descubrí que el personaje me resultaba provocador. Y así empezó todo.

En un determinado momento Benjumea cree haber dado con la clave para entender el mensaje que Cervantes había dejado cifrado en el texto del *Quijote*. Como todos los abducidos por sus ideas matrices, Benjumea se sintió deslumbrado por su descubrimiento. Su época fue la época de los exploradores europeos y, a su manera, él también se sentía un explorador. Con la diferencia de que en el caso de las expediciones geográficas el explorador debe acomodarse a la realidad del terreno, porque de lo contrario el extravío es inevitable, mientras que en las indagaciones intelectuales los puntos de referencia son etéreos y los extravíos difícilmente corregibles. Eso le pasó a Benjumea. Sus ideas acabaron convertidas en obsesiones. Por eso me he permitido sintetizar su peripecia como resultado de un proceso de seducción, la seducción de Urganda.

Esto no me lo invento yo. Urganda la Desconocida es la maga protectora de Amadís, cuyo nombre utilizó Benjumea para el título de su primer opúsculo cervantino, *La estafeta de Urganda*. En su boca pone Cervantes, entre los prolegómenos del *Quijote* de 1605, las décimas «de cabo roto» que sirven de aviso para los navegantes que decidan adentrarse en el libro. Esas décimas extrañas, jocosas y un tanto grotescas, como propias del humor cervantino, tienen su porqué. Están colocadas en los umbrales del libro, como incitando al lector a una lectura cautelosa que le lleve a descubrir un sentido y una intencionalidad que no se detectan a simple vista. El procedimiento empleado por Cervantes es ciertamente peligroso. Por seguir el símil náutico, la navegación puede terminar en naufragio.

Algo de esto le ocurrió a Benjumea. Incansable lector de todos los textos de Cervantes, no sólo del *Quijote*, sufrió la seducción de Urganda la Desconocida y se contagió de su visionarismo mágico para aventurarse en comentarios, llenos de agudeza, sí, pero de dudosa viabilidad y a veces de lastimosos descarríos.

A fuerza de dar vueltas a las enigmáticas décimas introductorias (que son de Cervantes, no se olvide) Benjumea llegó a la conclusión de que en el *Quijote* latía un sentido profundo y encubierto que era preciso desentrañar. Esto, que ahora nos parece al menos razonable, horrorizó a los cervantistas dogmáticos e instalados en una crítica cortical que se resistía a superar los planteamientos meramente formales y «literarios». Si el *Quijote*, pensaba Benjumea, se había convertido en un libro de referencia internacional, incluso para lectores que desconocían la lengua en que se gestó, y precisamente por ello, es porque

encierra un mensaje destinado a toda la humanidad. Este convencimiento de Benjumea cuajó, sobre todo, en su convivencia con los círculos cervantistas ingleses, presididos por la sombra del doctor Bowle. Hay que decirlo: Benjumea se hizo cervantista en Londres. Es allí donde él descubrió las carencias del cervantismo hispano, representado por Clemencín y los demás «críticos de la letra», que es como el escritor sevillano motejaba a los que se negaban a admitir sentido «oculto» en el *Quijote* o cualquier atisbo de comentario «filosófico» o «espiritual», es decir, ideológico, tal como él iba haciendo.

Es injusto el juicio de Francisco Rico (e impropio de su talento) cuando descalifica las cavilaciones de Benjumea como «las chifladuras de don Nicolás». Injusto y apresurado, por haberse dejado llevar de una opinión mostrenca que viene negando el pan y la sal a un intelectual laborioso y agudo que, contra viento y marea, se empeñó en desmontar la imagen de un Cervantes superficial y constructor de amena literatura. Desde el principio se le puso el remoquete de «esotérico» cuando en realidad no traspasa las lindes del simbolismo. Dicho sin rebozo: Benjumea no es más «esotérico» que Unamuno o Américo Castro, en el sentido de que los tres se construyeron su propio mundo y se instalaron en él contra viento y marea. La diferencia entre Unamuno y Benjumea es que don Miguel no pretendía dilucidar las intenciones de Cervantes y usaba el *Quijote* como pretexto para filosofar por su cuenta, mientras que Benjumea tenía el convencimiento de que con sus «comentarios filosóficos» estaba descubriendo el auténtico sentido que Cervantes quiso enterrar en su novela. Unamuno dice haber escrito la *Vida de Don Quijote y Sancho* «contra cervantistas y eruditos», y en esto coincide con Benjumea y sus diatribas contra los «críticos de la letra», pero se distancia de él al afirmar sin rubor que le tenía sin cuidado lo que quiso decir Cervantes.

¿Qué me importa –dice Unamuno– lo que Cervantes quiso o no quiso poner allí [en el *Quijote*] y lo que realmente puso? Lo vivo es lo que yo allí descubro, pusiéralo o no Cervantes, lo que yo allí pongo y sobrepongo y sotopongo.

Son dos posturas de innegable subjetivismo, pero de signo bien distinto. Unamuno es consciente de que está haciendo filosofía por su cuenta¹; Benjumea, en cambio, está convencido de estar haciendo exégesis.

1. Por no haber entendido lo que pretendía Unamuno con la *Vida de Don Quijote y Sancho*, hay cervantistas que parecen sentirse heridos en su dignidad. Así el vienés Wolfgang von Wurzbach, que en

Pero, ¿es «esotérica» la exégesis de Benjumea, como se viene diciendo? En mi opinión, de ninguna manera. Bien es cierto que él se empeña en considerar «filosóficos» o «espirituales» sus comentarios, pero repetiré hasta la saciedad que no traspasan los límites de la ideología, con la restricción semántica de «política» que hoy tiene esa palabra. Califíquense esos escritos de subjetivos, simbolistas y extravagantes, si se quiere, pero no me cansaré de exonerarles del ominoso epíteto de «esotéricos»; fue una broma envenenada de don Juan Valera, que con ella estigmatizó al pobre cervantista sevillano. Como metáfora puede valer, pero no como diagnóstico. Para que el cervantismo de Benjumea fuera rigurosamente esotérico sus escritos deberían tener un componente ocultista, iniciático y sectario que no tienen.

27

El planteamiento inicial de Benjumea es impecable, y hay que reconocerle el mérito de ser pionero en España en proclamar la necesidad de una lectura del *Quijote* en profundidad. Algo habían atisbado otros, algunos de modo rudimentario, como el licenciado Márquez Torres cuando aprueba el libro como «de mucho aprovechamiento», aunque no llegue más allá de reconocer que había conseguido extirpar los devaneos de los libros de caballerías y poco más, o Cadalso cuando afirma que «lo que hay debajo de esta apariencia es un conjunto de materias profundas e importantes». Pero es Benjumea el primero en intentar unos comentarios que él llama «filosóficos», aunque en rigor no pasan de ser socio-políticos.

El error de Benjumea consistió en construir un sistema exegético muy cerrado, que ahormaba los textos cervantinos según le conviniera. La razón de sus desvíos, de los suyos y de los de muchos otros cervantistas, habría que buscarla en el mismo Cervantes, cuya utilización del humor y del doble sentido dificulta el acceso a su auténtico pensamiento, dando pie a interpretaciones de lo más divergentes. Claro es que prescindir de ese sentido del humor y de esa pluralidad de sentidos es matar a Cervantes, por lo que la divergencia de interpretaciones resulta inevitable. En eso Américo Castro es certero: Cervantes observa la realidad desde el fondo de la conciencia y desde esa perspectiva la realidad oscila, y de ahí que su obra sea susceptible de una pluralidad de lecturas.

Las interferencias más perjudiciales en el sistema exegético de Benjumea provienen de dos factores aunados: la sublimación de la figura de Cervantes,

su introducción a la edición del *Quijote* en castellano publicada en la «Biblioteca Románica», 1911-1916, pág. 41, dice, juzgando la obra de Unamuno, que «no hay que tomar en serio el voluminoso libro de M. de Unamuno» (Río y Rico, *Catálogo...*, n.º 1663, pág. 801).

que se agiganta hasta extremos de auténtica idolatría, y la propia ideología de Benjumea, de un liberalismo radical y combativo que intenta hacer de Cervantes un escritor librepensador y masónico *avant la lettre*. En esto Benjumea se suma a la corriente de los críticos, por lo general no cervantistas, que ven en Don Quijote (y con él en Cervantes) un talante que Salvador de Madañaga condensaba en «valor-fe-idealismo-utopía-liberalismo-izquierdas»¹ o, más brevemente y para entendernos, lo que hoy se llama «un demócrata de izquierdas».²

Estos dos factores, cervantolatría y liberalismo radical, convergen y se concretan en un odio sistemático a la Inquisición, bestia negra del liberalismo decimonónico español. Benjumea, y en general todos los liberales, bebieron en el opúsculo de Antonio Puigblanch, *La Inquisición sin máscara*, publicado en Cádiz en plena efervescencia doceañista. Como tantos otros, el erudito e incendiario catalán tuvo que buscar refugio en el exilio londinense para librarse de la represión, y en Londres encontró el ambiente propicio para la difusión de sus propuestas. José María Asensio, que conocía bien a Benjumea, no duda en apuntar hacia los escritos de Puigblanch como detonante de su cervantismo. Imbuido de las ideas de Puigblanch, Benjumea ve en los círculos inquisitoriales los responsables de todas las desgracias personales de Cervantes, que escribe el *Quijote* como alegato contra los excesos del Santo Oficio y que se ve obligado a la autocensura, con las debidas cautelas para no sufrir las embestidas del Tribunal de la Fe.

Configurado desde muy temprano su ideario, Benjumea practica un reduccionismo maniqueo y recurrente, que, por ejemplo, le hace ver en Dulcinea la personificación simbólica de la España de la libertad y del progreso, y en Casildea de Vandalia, la dama de Sansón Carrasco, la España de la represión y del oscurantismo inquisitorial.

Cargar la mano, como hace Benjumea, en un Cervantes anti-inquisitorial es la derivación de una postura de denuncia que va más allá del ataque a una institución concreta. En el fondo, lo que denuncia es todo tipo de opresión social. Con ello Benjumea paga tributo a la sensibilidad romántica que hace de Don Quijote un defensor de la libertad y de la justicia y que se siente imbuido de la misión heroica de salvar por sistema al oprimido. Algo de esto hay, sin duda, y Cervantes (sigo el pensamiento de Benjumea) fue el primero

1. *Guía del «Quijote»*, Madrid, Espasa-Calpe, 1976 (1ª ed.: 1924), pág. 103.

2. Así Germán de Arciniegas en un artículo retórico y descoyuntado, «Don Quijote, un demócrata de izquierdas», *Revista de Occidente*, 142 (enero, 1975), págs. 85-100.

en sufrir en su propia vida el peso de la injusticia. El error quizá estuviera en magnificar este sentimiento hasta convertirlo en una obsesión. En el caso de Cervantes ese sentimiento de frustración se vio compensado por un talante jovial que le libró de la amargura y el resentimiento social.¹

Este tipo de manías u obsesiones recurrentes, que, sin apurar las connotaciones patológicas del término, pudieran calificarse de neuróticas, en Cervantes se han querido ver, a ojo de psicoanalista, como un caso de masoquismo psíquico por la repetida apelación a sus desgracias personales.² Benjumea acude sistemáticamente a este recurso de las desgracias personales de Cervantes, atribuidas a la inquina de Juan Blanco de Paz, como *deus ex machina* que pone en marcha el mecanismo del *Quijote*. Sería también el caso personal de Benjumea, que se queja de la oposición que sufre por parte de sus contradictores, lo que explica el carácter polémico, casi apologético, que tienen todos sus escritos cervantinos. Y, por otra parte, es curioso observar cómo el carácter selectivo de los delirios maniáticos de Don Quijote, que sólo se activan en cuestiones de caballería, se reproduce en Benjumea, que sólo está afectado de alucinación cuando incide en lo cervantino, guardando una compostura y una sensatez admirables cuando trata otros asuntos.

La aparición de *La estafeta de Urganda* (1861) fue una provocación, ya prevista en los artículos publicados con anterioridad en *La América* (1859) como «Comentarios filosóficos del *Quijote*». El primero en dar la voz de alarma fue Juan Valera, con quien polemiza en las columnas de *El Contemporáneo*. Valera fundamenta su crítica en que es imposible que nadie hubiera visto en el *Quijote* lo que veía Benjumea, y éste se defiende apelando a la ley del progreso: Cervantes fue un genio visionario, que intuyó veladamente una realidad no percibida por el resto de los mortales, pero la humanidad progresa, no sólo en la ciencia y la técnica, sino también en la crítica, y no es ningún milagro que en la época de los inventos aflore el sentido oculto que Cervantes había dejado enterrado en sus obras. Esto era lo que pensaba Benjumea y ésta

1. A mi entender, el reduccionismo de leer el *Quijote* como obra de denuncia social es el que lastra los ensayos escritos a la luz del materialismo histórico, léase marxismo, cuyo ejemplo más destacado es el de Ludovik Osterc, *El pensamiento social y político del «Quijote»*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1975. Más bien haya que volver a las enseñanzas de Américo Castro, que ve en el de Cervantes un caso de humanismo renacentista rezagado que, por estar inmerso en una edad conflictiva, se resiste a renunciar a la utopía, como enseñó Maravall.

2. La expresión «masoquismo psíquico» es la que emplea Fredo Arias de la Canal en «El *Quijote* de Benjumea. Introducción. Intento de Psicoanálisis de Cervantes», en la reedición moderna de *La verdad sobre el «Quijote»*, de Benjumea (Barcelona, Ediciones Rondas, 1986), págs. V-XXXI.

era la coartada que usaba para que las objeciones de sus contradictores no le hicieran mella.¹

El ataque frontal salió de la pluma de un viejo amigo, José María Asensio, representante del integrismo católico sevillano. La polémica entablada con Benjumea en *El Porvenir* de Sevilla tiene un tono agrio y despiadado, como resultado de un choque de ideologías, que no respeta ni las viejas amistades. Incluso después de muerto Benjumea, Asensio no le deja en paz.

30 Fue, sin embargo, Manuel de la Revilla quien, a finales de los setenta, desde las columnas de *La Ilustración Española y Americana*, desmontaría con asepsia y rigor las teorías de Benjumea. Está de acuerdo con él en desautorizar, por insuficiente, la labor de la crítica formalista, pero, en nombre de la lógica y el sentido común, rechaza la crítica simbolista y extravagante del sevillano. También coincide con Benjumea en que Cervantes deja pistas de su vida y sus conflictos cuando escribe, pero se niega a seguirle la corriente en su empeño de apurar minuciosamente las concomitancias que descubre en el *Quijote* con ayuda de agudezas, obsesiones y pintorescos anagramas.

Polémicas al margen, puede concluirse que a la vista de los planteamientos de Benjumea, que ahora no hago más que esbozar, su cervantismo es un cervantismo *sui generis*, mediatizado por sus propias convicciones políticas, de las que se nutre desde fechas muy tempranas y que le duran hasta el final de su vida. A *La estafeta de Urganda* (1861) le siguieron otros dos opúsculos, *El correo de Alquife* (1866) y *El mensaje de Merlin* (1875). Los tres incluyen en el título el nombre de tres personajes citados por Cervantes, extraídos del mundo de la magia, y a los que recurre Benjumea para indicar que el *Quijote* tiene un trasfondo misterioso cuyas oscuridades es preciso desvelar a partir de las claves que da el mismo Cervantes. Con el material incluido en los tres opúsculos, más el que había ido esparciendo en la prensa periódica, Benjumea armó un libro de título complejo e intencionado, *La verdad sobre el «Quijote»*. *Novísima historia crítica de la vida de Cervantes* (1878), y todo ello le sirvió, poco antes de su muerte, para redactar e incluir en su lujosa edición barcelonesa de la gran novela cervantina (1880, 1883) una nueva «Vida de Cervantes» y unas «Notas sobre el sentido espiritual del *Quijote*».

Tanto esta segunda «Vida» como las «Notas», que, no sé por qué, apenas son tenidas en cuenta por los historiadores del cervantismo a la hora de enjuiciar las teorías de Benjumea, son, sin embargo, los textos que condensan

1. Me remito a mi edición de la polémica: J. Valera y N. Díaz de Benjumea, *Sobre el sentido del «Quijote»*, Madrid, Visor Libros, 2006.

con nitidez el pensamiento más maduro y radical del cervantista sevillano. Hacía poco que había publicado *La verdad sobre el «Quijote»* y podía haber aprovechado el texto para reproducirlo tal cual como introducción a la edición barcelonesa, pero, aunque los contenidos biográficos son sustancialmente los mismos y aunque los presupuestos metodológicos e ideológicos de uno y otro texto no varían, el texto de la «Vida» de 1880 está sometido a una nueva redacción. Y en cuanto a las «Notas», ya el mismo Benjumea anticipa que son sobre el «sentido espiritual» del *Quijote*. No se espere, pues, encontrar en ellas apuntes filológicos para restaurar o aclarar tal cual pasaje cervantino, sino las consideraciones de índole socio-política dictadas por la ideología del autor y afectadas de un radicalismo clamoroso. En este sentido, resultan, ciertamente, de gran utilidad.

Es en las «Notas» donde Benjumea expone, sin tapujos y con una insistencia a machamartillo, su ideario masónico, que le lleva a ver en Don Quijote y en Cervantes un «filósofo, reformador, político, socialista» que se rebeló contra la opresión de la religiosidad ambiental, manipulada por la Inquisición. A la noche de la fe y la opresión debe seguir la luz de la razón y el triunfo de la libertad y el progreso. Dicho así, puede parecer una simpleza; pero, a pesar de su reduccionismo, los textos de Benjumea obligan a la reflexión, que ya es mucho.

Me he entretenido en esbozar el cervantismo de Benjumea, pero, sin negar el peso del cervantismo en su figura, no es correcto reducirla a los estrechos límites del cervantismo. Su labor como escritor es mucho más amplia y varia. Yo diría incluso que Benjumea es, más que nada, un periodista integral, en las dos dimensiones en las que se mueve el periodismo: la información y la opinión. En su caso, las dos funciones están íntimamente ensambladas, como era habitual en el ejercicio periodístico de la época, y en las dos Benjumea fue madrugador. Con diecinueve años y siendo estudiante de Derecho en Sevilla formó grupo con otros jóvenes para publicar la revista *Sin Nombre*, «periódico semanal de Literatura», y en el ejercicio final para obtener el grado de licenciado elige un tema de Derecho Político, sobre las diferentes formas de gobierno, y manifiesta sus preferencias por una monarquía constitucional, postulado prioritario del Partido Demócrata, en el que andando el tiempo Benjumea militará activamente.

Como digo, el quehacer periodístico de Benjumea, en su sentido más amplio, será el hilo conductor de sus escritos. Su firma aparecerá en la prensa de Sevilla, Madrid, Londres, Cádiz y Barcelona, unas veces como redactor y otras como director de la publicación. Aparte de su actividad en Londres en

diarios como *El Español de Ambos Mundos* y *El Eco de Ambos Mundos*, tuvo protagonismo en publicaciones de gran altura, como *El Museo Universal*, de Madrid, y, al final de su vida, en *La Ilustración de la Mujer*, de Barcelona; como expresión de su propia ideología, fue en varias ocasiones alma de la prensa demócrata (*La Unión, El Programa...*).

La prensa periódica fue el soporte más frecuente para la publicación de sus escritos, también de los cervantinos. En *La América* publicó por entregas sus primeros y fundamentales artículos con «comentarios filosóficos» sobre el *Quijote*, y en la *Revista de España* apareció otro de sus textos clave, «El progreso en la crítica del *Quijote*». Por lo demás, sobre todo a partir de cierto momento, acudía a la cita anual del aniversario de la muerte de Cervantes con alguna colaboración en la prensa. Otros artículos relacionados con el cervantismo, como la polémica entre Bowle y Baretti o la cuestión del *Buscapié*, de Adolfo de Castro, verán la luz en *El Español de Ambos Mundos*, no faltando su firma en varios números de la emblemática *Crónica de los Cervantistas*, que editaba en Cádiz su amigo Ramón León Máinez.

Decir que el periodismo de Benjumea no se ciñe a los estrictos límites del cervantismo quiere decir que sus inquietudes tienen horizontes más amplios, siempre en la línea de la modernidad. Por ejemplo, en la gaditana revista *Cádiz*, dirigida por su amiga Patrocinio de Biedma, publicó varios artículos sobre la «andro-tauro-maquia», es decir, sobre los toros, y la serie feminista de «La gran causa del bello sexo», otro de sus temas más sentidos y recurrentes. Con el paso de los años su feminismo fue *in crescendo* y la dirección de *La Ilustración de la Mujer*, de Barcelona, fue la ocasión óptima para participar con protagonismo en el movimiento reivindicativo de los derechos de la mujer en su pugna por superar los atavismos heredados de su función de «ángel del hogar».

Sus largas estancias en Inglaterra hacen que el periodismo de Benjumea sea un ejercicio de continuo trasvase cultural. Su dominio casi perfecto del idioma (al decir de los que le conocieron, hablaba inglés casi como un nativo) y su curiosidad por el entorno le facilitaron la labor. Observó con intensidad y con distanciamiento irónico la vida inglesa y la proyectó sobre la realidad española con la intención de despertar las conciencias en busca de un regeneracionismo inaplazable. No hay que olvidar que la Inglaterra de su tiempo estaba en plena euforia imperialista, con una economía poderosa, basada en el comercio y la industria. Si Inglaterra era «la reina de los mares», era también el país del hierro y el carbón, los dos pilares del desarrollo moderno, sobre los que se asentaba el maquinismo, con la aparición de grandes bolsas

de proletariado y los consiguientes conflictos sociales. Todo ello incidía en la puesta en marcha de un urbanismo de contrastes, que simultaneaba la opulencia de las grandes mansiones de la alta burguesía y los edificios públicos espectaculares con la miseria de los barrios en que se hacinaba la masa creciente de la clase trabajadora. De todo ello deja constancia Benjumea.

Presta también atención a otros fenómenos colaterales, como el religioso, entonces agitado por el llamado Movimiento de Oxford y por la atracción que sentía el anquilosado y seco anglicanismo hacia la jugosa religiosidad de los católicos «meridionales». Benjumea veía inminente la vuelta del pueblo inglés a la obediencia de Roma.

Igual interés muestra por la vida política inglesa, marcada por el utilitarismo egocéntrico y un imperialismo que trasciende lo económico y lo militar y que se asienta en el convencimiento de que el pueblo inglés es el garante y el promotor de la libertad de todos los pueblos. En este sentido, Benjumea no oculta su agradecimiento al pueblo inglés por acoger a los exiliados liberales españoles que huían de la opresión absolutista y sus coletazos, pero exige a los gobernantes británicos que sean coherentes con sus principios en la cuestión de Gibraltar y devuelvan a España la soberanía de la Roca. Era, dice él, el momento de la restitución. En la prensa y en un opúsculo, publicado simultáneamente en español y en inglés, alega, aparte de razones económicas, históricas y jurídicas, el hecho de que el pueblo español había recuperado la libertad, lo que le permite presentar la recuperación de Gibraltar como un acto de justicia. El Gobierno británico así lo veía, pero se sentía presionado por la prensa y el sentimiento popular. En su ingenuidad, Benjumea estaba convencido de que la devolución era inminente.

De toda la producción periodística de Benjumea en que éste actúa de intermediario entre las dos culturas hay que destacar la larga serie de artículos que sobre «Viajeros ingleses en España» apareció en *El Museo Universal*. Es interesante por la información que da sobre alguno de los libros de viajes, literatura entonces muy de moda para satisfacer la curiosidad del hipotético turista, no sólo del turista real y viajero sino también del turista sedentario y de imaginación. No hay que olvidar el título de la colección de guías editadas por los opulentos Murray: *Handbooks for travellers and readers at home*. El imperialismo victoriano produjo exploradores como hongos, y el público isleño necesitaba consumir una literatura testimonial que halagara sus sueños de grandeza, aparte de la presencia de una burguesía que estaba descubriendo con fervor los encantos del turismo continental o del Próximo Oriente. De ahí las guías para *travellers* o para *readers at home*.

En sus artículos, Benjumea demuestra un dominio nada común de esta literatura de viajes, pero se centra, sobre todo, en la España romántica como objeto de deseo para turistas que buscan, por encima de todo, las sorpresas que puede ofrecer este viejo y exótico país. Benjumea analiza una porción de libros de viajes o, mejor dicho, de viajeros, comenzando por el clásico de Richard Ford, y en su análisis denuncia los prejuicios y el insufrible complejo de superioridad que ciega a sus autores para no ver lo que hay, sino lo que quieren ver. No se enteran de nada, viene a decir Benjumea. El caso del libro de la esperpéntica Miss Eyre es especialmente ilustrativo y es ocasión para que Benjumea utilice toda su guasa sevillana ante las excentricidades de la dama. Fiel a su norma de poner en contacto los dos pueblos, el inglés y el español, ofrece en estos artículos un interesantísimo ensayo comparativo que resulta útil para el diseño de la tipología contrastada de los dos pueblos.

Una de las características del periodismo de Benjumea es su propensión al costumbrismo, no tanto al costumbrismo clásico y tópico (aunque no se priva de hacer sitio a la Semana Santa y a la Feria de Sevilla) cuanto a un costumbrismo de corte moderno que, en lo que se refiere a Inglaterra, destaca fenómenos sociales como la tiranía de la moda, los balnearios, las regatas, el incipiente boxeo, los mítines, las exposiciones o los nuevos inventos, que tanto le apasionaban a él. No sólo presta atención a los eventos masivos, como los citados; también se acerca a realidades cotidianas, como la comida, el gato doméstico o el jardín familiar. Su melomanía (fue un virtuoso del violín) le lleva a la ópera y al concierto, a analizar la música de Wagner, los libretos de Mozart o el *Himno de Riego*, que le parece detestable. Todo cabe en sus cuartillas.

Aparte de su actividad en la prensa periódica, Benjumea cultivó el costumbrismo de libro. Al personaje del solterón como fenómeno social le dedicó un ensayo, *El solterón, o Un gran problema social*, ocho artículos de prensa que convirtió en un libro de éxito (1864), en el que con técnica forense y con toques de humor censura el parasitismo y perversión de los solterones, entre los que, con humor, se incluye él mismo.

Ese mismo año reúne en un tomo voluminoso una colección de artículos, *Costumbres del universo*, editada con mucho empaque, a la que dos años más tarde sigue un segundo tomo, de las mismas características. Los primeros capítulos, dedicados a España, Inglaterra y Francia, son fruto de su experiencia; los siguientes son obra de laboratorio y acarreo. En su correspondencia con Campillo, Benjumea se queja del trabajo agotador que

le supuso la redacción de la obra, así como del perjuicio causado por la censura eclesiástica, que provocó la pérdida de suscriptores.

A principio de la década de los 80 Benjumea volvió a intentar una nueva aventura editorial de literatura costumbrista, esta vez como codirector, con su amigo Luis Ricardo Fors, de la publicación de *Los hombres españoles, americanos y lusitanos pintados por sí mismos*, obra colectiva cuyo solo título ya está indicando el género en que se inscribe y que a lo largo del siglo había producido toda una serie. Benjumea, escarmentado por la experiencia de *Costumbres del universo*, se limitó a codirigir la obra y a incluir un par de artículos de su cosecha, uno de ellos, seriado, sobre aspectos sociológicos de la Semana Santa sevillana y otro sobre la figura del gacetillero.

Antes de centrarme en sus escritos estrictamente políticos, no quiero pasar por alto uno de los aspectos más desconocidos de Benjumea. Me refiero a su creación poética y teatral. De su teatro, inédito, no tengo otra noticia que la proporcionada por la necrológica de *El Día* de Madrid (del 16 de marzo de 1884) que reprodujo *La Ilustración de la Mujer*, de Barcelona (el 1 de abril): «Deja varias comedias inéditas, entre ellas una en dos actos, titulada *Lo que puede el buen humor, o Las aguas de Vichy*», manuscrito en paradero desconocido. De su quehacer poético sí han quedado muestras en los versos publicados en la prensa periódica y posteriormente recogidos en libros individuales o colectivos. Unos son versos de homenaje y circunstancias, como el soneto dedicado a Patrocinio de Biedma o las quintillas copiadas en el álbum de Antonia Díaz de Lamarque, en el que aparecen también las firmas de lo más granado de la intelectualidad sevillana, como las de Juan José Bueno y Fernández Espino. Son versos que responden al código galante del amor cortés, con una mujer de singular belleza, bondad y «discreción»¹, y en el caso de las dos señoras citadas, con su toque de modernidad. En la carta que escribió a Campillo el 29 de mayo de 1865 le comunica que está recogiendo material para editar un libro de poemas y que quisiera recuperar, por ejemplo, los que había ido dejando en álbumes como el de Antonia Díaz de Lamarque. Entre estos ejemplares de poesía laudatoria encontramos otros de más hondura, como los versos dedicados a Tassara, que fueron muy celebrados, la *Oda a la estatua de fray Luis de León* o el canto exaltado a *El suplicio de los Comuneros*.

1. En el lenguaje de la época *discreción* equivale a 'talento'.

Compuso Benjumea un breve romancero histórico sobre diversas secuencias del cautiverio de Cervantes, elegidas para realzar el heroísmo del protagonista, en sintonía con las ideas diseminadas en los escritos en prosa. Cultivó también la poesía epigramática y se explayó en un tipo de poesía moral, alegórica y filosófica en poemas, como *Las dos reinas*, que resultan de una pesadez insoportable. Con éste y otros del mismo pelaje publicó en Cádiz, 1885, un libro, *Ciencia popular*, que es un amasijo de versos de muy poca consistencia. Al parecer, en 1882 publicó otro libro de versos, *Lenguaje del corazón*¹, de cuyo contenido no puedo dar razón por no haber conseguido ver un solo ejemplar. Él mismo, en la citada carta de mayo de 1865 a Campillo, en la que le anuncia la aparición de un poemario hecho de retales, ironiza sobre sus pocas dotes para la poesía:

La próxima publicación será, *Deo volente*, un tomo de poesías. Bien sabe Vd. que yo no soy muy favorecido de las Musas, pero por alguna composición en que he estado tal cual de feliz, se me proporciona la ocasión de ensartar en letra de molde los pujos o vapores de candidato a los favores del boquirrubio [*i.e.*, Apolo] y como me puede valer² algo, no quiero desaprovecharla. Para esto tengo que sacar fuerzas de flaqueza y engrosar el tomo como quien hace morcillas, y en la imposibilidad de hacer ahora nada nuevo, porque no estoy para fiestas, voy a incluir en él varias composiciones que he hecho para álbums.

Son más las pistas que deja Benjumea en su correspondencia con Campillo sobre su actividad poética. Por ejemplo, en la carta que el 13 de mayo de 1866 hace mención de otro poema suyo, cuyo paradero desconozco, que Gaspar y Roig, los editores de *El Museo Universal*, se resistían a publicar alegando su extensión.³ Ese y otros textos perdidos, a la vista de los conservados, no debían de ser de mucha calidad.

Queda por dilucidar un componente esencial en el ideario y en la producción periodística de Benjumea. Me refiero a su ideología estrictamente política, que no es otra que la liberal. Ya he aludido a ella como desencadenante de su cervantismo, pero quiero insistir en su faceta de teórico y activista

1. *Enciclopedia Espasa*, art. «Díaz de Benjumea y de Olla, Nicolás».

2. *valer*: 'ayudar'.

3. «Hace más de cinco meses que envié a Gaspar y Roig una poesía que le he de dedicar cuando se coleccionen las pobres mías. Me dice[n] que es muy largo para su *Museo Universal*, y yo, como padre, me opongo a que le amputen el menor de sus miembros, y así está la cosa.»

dentro del Partido Democrático¹, al que sirvió con la pluma en situaciones críticas, como la producida a raíz de la Revolución de 1868, «La Gloriosa». Se me va a permitir una cierta parsimonia al tratar del liberalismo de Benjumea, justificada por la gran dosis de información que proporciona sobre su personalidad.

La adhesión de Benjumea a las ideas constitucionales no fue cosa de un día. Ya en su examen de Licenciatura eligió, de entre tres temas, uno de Derecho Político, «Qué es gobierno. De qué elementos se forman los gobiernos constitucionales». En su exposición, acaba decantándose por la Monarquía Constitucional como la mejor forma de gobierno para España. A pesar de su juventud, ya se le ve venir. Pasados los años, tanto a finales de 1863, con motivo de las elecciones para las Cortes, como en un momento crucial, en 1869, tras el derrocamiento de Isabel II, ésta va a ser la fórmula propuesta por el Partido Democrático como solución y a ella se adhiere activamente Benjumea en la movida campaña electoral con ocasión de las Cortes Constituyentes.

La primera manifestación política de Benjumea tuvo lugar a finales de 1854. Los días 17, 18 y 19 de julio se produjo el estallido revolucionario, como efecto retardado del pronunciamiento de O'Donnell en Vicálvaro, y, tras la intervención de Espartero, se abre el proceso constituyente. Benjumea está en Londres, con el pensamiento puesto en los sucesos de España. Siente la llamada de la Revolución y participa en ella con un opúsculo, *Mitología de la Revolución*, que se publica ese año en Madrid. Es una explosión de sentimientos, una llamada al combate, un canto épico a la Revolución de Julio y al pueblo que se había desangrado en las barricadas. Todo el texto, del principio al fin, está redactado en un tono de exaltación de la gesta realizada y de incitación a la puesta en práctica de los ideales proclamados con las armas en la mano. Era urgente proseguir, en la prensa y en el Parlamento, la lucha entablada por el pueblo para liberarse de la opresión, y Benjumea se pone al servicio de la Revolución con un librito incendiario, todo él construido con la fraseología y la retórica exigidas por las circunstancias. Baste un párrafo para hacerse idea del mensaje enviado desde «las playas de la libre nación inglesa»:

Hay que dar:
Vida a la libertad.
Gloria a la revolución.

1. A lo largo de mi trabajo usaré indistintamente la denominación de Demócrata y Democrático, como es frecuente en los historiadores del partido en cuestión.

Aliento a los obreros.
 Honra a los mártires.
 Consuelo a sus viudas.
 Pan a sus huérfanos.

Cuando en San Petersburgo Benjumea entregó a Juan Valera un ejemplar de esta *Mitología de la Revolución*, la reacción de don Juan fue llevarse las manos a la cabeza ante lo que calificó de «aborto de su magín»¹. Nunca volverá a salir de la pluma del cervantista sevillano un texto político tan provocador.

38

A finales de 1863 el ambiente político se vuelve a caldear. Los partidos que habían sido hegemónicos, el Partido Moderado de Narváez y la Unión Liberal de O'Donnell, están agotados, y con ellos la monarquía borbónica. En agosto se disuelven las Cortes y se convocan unas nuevas. El emergente Partido Demócrata, fundado a raíz de la Revolución del 48, se moviliza. Declarado fuera de la ley por el Consejo de Ministros, lanza su manifiesto, firmado por Nicolás Rivero, aceptando el «retraimiento» de los Progresistas en forma de «abstención».

Benjumea, ya enrolado en el Partido Democrático, firma en Madrid el 20 de noviembre una hoja suelta, *Ingenio político de la nación española*, en el que se hace eco de las propuestas de su partido. Como la *Mitología de la Revolución*, se trata de un texto coyuntural, pero, a diferencia de éste, adopta ahora un tono reflexivo y sereno, buscando, no la exaltación, sino el convencimiento, la «revolución pacífica». La intención de Benjumea en su nuevo escrito es, precisamente, la de erradicar el prejuicio de que los demócratas son revolucionarios furibundos que quieren introducir a todo trance el sistema republicano. Aunque hubiera dentro del partido una corriente republicana, que acabará fundando su propio partido, «la democracia no es la república». La esencia de la democracia es la soberanía del pueblo español, el sufragio («el voto nacional»), «los derechos del hombre y sus garantías». Dicho de otro modo, «la supremacía del pueblo por ejercicio de los derechos individuales, reconocidos y afianzados por la ley política fundamental», es decir, por la Constitución. Poco importa que se opte por la monarquía o por la república; lo que importa es contar con una Constitución a la que estén sometidos todos, incluido en su caso el rey. Más aún, Benjumea y los demócratas monárquicos, en un gesto de prudente realismo, ven en la república un peligro de revolución caótica y estéril.

1. Ver pág. 146.

Utopías al margen y sin negar de plano la viabilidad de la república, el «ingenio político de la nación española», entendiendo por ingenio «el resultado, la manifestación constante de su instinto y tendencias sociales en materia de organización de los poderes públicos», se acomoda mejor a una monarquía constitucional que a una república. La opción republicana «entorpece y embaraza, produce la confusión, no el orden», y lo que necesita el pueblo español es «cohesión, unión de fuerzas». Consciente del peligro de desintegración que amenaza a su partido por la opción radical de los republicanos, Benjumea exhorta a la unidad interna y trata de convencer a la opinión pública de que la democracia, que es lo que importa, no se identifica con el republicanismo, que, además de accidental, es peligroso. A fin de cuentas, lo que debe unir a los demócratas es el principio de la soberanía nacional y el amor a la libertad, «en cuyo regazo deben unirse cuantos deseen de todas veras el pacífico progreso de esta nación desventurada».

Poco después de la aparición del *Ingenio político de la nación española* tendrá ocasión Benjumea de exponer de nuevo estas ideas en el *Prospecto* de lanzamiento y en las páginas del diario democrático *La Unión*, dirigido por él.¹ En el título del diario queda sintetizado el mensaje que quieren lanzar los demócratas: en momentos de degradación de los partidos y cuando el país corre peligro de desintegración, es imprescindible la unión de los liberales. Ninguna institución como la monarquía democrática asegura la unión de los españoles, por ser ella el elemento integrador por excelencia. El pueblo español, que siempre fue monárquico y demócrata, fue grande cuando estuvo unido en torno a su monarquía; si se le priva de esta institución secular, sobrevendrá la desunión y será imposible la regeneración deseada.

Posteriormente, cuando la Revolución del 68, «la Gloriosa», tras el derrocamiento de los Borbones, ponga al país en la disyuntiva de instaurar otra dinastía o decantarse por la república, Benjumea volverá a plantearse la cuestión en el *Prospecto* y en las columnas de *El Programa*, diario democrático del que él fue redactor. Con artículos de *El Programa*, suyos y de otros destacados demócratas, confecciona un libro, *La cuestión del día* (1868)², en

1. *La Unión*, «diario democrático de la tarde», apareció el 1 de enero de 1864 y se mantuvo hasta el 19 de marzo del mismo año. En el *Prospecto* que anuncia su nacimiento el diario aparece con un título, *Diario de los Liberales*, que no se respetó.

2. *El Programa*, salió a la calle el 20 de diciembre de 1868 con el correspondiente manifiesto o «prospecto», reproducido como último artículo en *La cuestión del día*. Dejó de aparecer un mes más tarde.

el que expone las mismas ideas que había desarrollado en el *Ingenio político de la nación española* y en el *Prospecto de La Unión*.

En el libro Benjumea incluyó, de su cosecha, un «Diálogo de un español y un extranjero», texto de una gran densidad de contenido doctrinal, en el que exponen sus puntos de vista un español y un inglés sobre la materia política candente. Es el interlocutor inglés quien se encarga de templar el fervor republicano que se ha apoderado de los españoles, deslumbrados por la libertad recién conseguida, sentimiento que les puede llevar al grave error de confundir libertad y república. La idea madre, muy de Benjumea, es que, a pesar de la mala experiencia de los Austrias y los Borbones, el pueblo español siempre ha tenido sentimientos a la vez monárquicos y democráticos, y a esa realidad hay que atenerse.

40

La cuestión del día no fue la única intervención de Benjumea a favor del Partido Demócrata en la batalla electoral entablada a raíz de la Revolución del 68. Colaboró también con una *Cartilla para electores o Catecismo popular*¹, «dedicado a los infatigables defensores de la libertad que han preparado, dirigido y llevado a cabo la gloriosa revolución de setiembre». El género elegido para la exposición de las ideas es el de la «cartilla» o «catecismo», artificio literario a base de preguntas y respuestas breves para llegar a los estratos más bajos de la opinión pública y despertar la conciencia cívica del pueblo. El intento de Benjumea es hacer pedagogía, en virtud del principio de que el pueblo español necesita con urgencia formación política y no exaltación momentánea, fruto fugaz de su individualismo crónico. Como conclusión, anima a hacer uso del sufragio como forma de participación y ofrece un decálogo del elector entre cuyos preceptos incluye, con una ingenuidad pasmosa, la necesidad de que la elección recaiga en un hombre que sea (¡nada menos!), «honrado, independiente y sabio», que no es poco.

Tras esta experiencia de participación en el debate estrictamente político, Benjumea no volvió a tomar la pluma para nuevas aventuras partidistas, aunque su liberalismo no se enfrió lo más mínimo.

En medio del fragor político que agita el año 1869, que se inicia con las sesiones de las Cortes (se abren el 11 de febrero y se cierran con la promulgación de la nueva Constitución el 6 de junio), Benjumea se embarca en una aventura periodística de altura: la dirección de *El Museo Universal*,

1. Madrid, Imprenta de Mariano Escribano, 1868.

el semanario de más prestigio en la prensa del momento. Desde esa atalaya Benjumea por fuerza tiene que estar muy atento a lo que ocurre.

Benjumea se estrenó como director de *El Museo* a principios de enero y cesó a finales de agosto.¹ Con su firma o con el seudónimo *Zaid* publicó en el semanario muchos de sus escritos, en prosa y verso, pero periódicamente hay que destacar la sección de las «revistas de la semana», con que se abría cada número, en las que el director daba cuenta de lo que acontecía dentro y fuera de España.

Tras la Revolución de Septiembre, lo que acontecía en España era una actividad política trepidante en un clima inicial de euforia por la libertad conseguida. Tanto en el proceso electoral como, a partir del 11 de febrero, en la vida parlamentaria, centrada en la gestación del texto constitucional, preside la vida pública un clima de tensión que no se serena con la nueva Constitución. La solución arbitrada para la Jefatura del Estado, la monarquía constitucional, dejó mucho desencanto, de modo que lo que pudiera parecer ser una solución se convierte en una nueva fuente de inestabilidad. Por una parte, los republicanos, federalistas o no, no se dan por vencidos y las Juntas Revolucionarias siguen en pie de guerra; por otra, la búsqueda de candidatos para la renacida monarquía conlleva un enfrentamiento al que no son ajenas las potencias extranjeras. Añádase la aparición de un viejo conflicto en el horizonte: los carlistas, «un bando que proclama la tradicional monarquía», comienzan a moverse.

Ante este panorama Benjumea manifiesta sus dudas al respecto, no sólo por los malos augurios ante lo que se avecina («en España sucede siempre lo peor»), sino porque, en todo caso, España es «nación famosa en esto de fraguar constituciones, aunque no de buena fama en punto a observarlas». Son los planteamientos maximalistas de los republicanos y sus postulados federalistas los que, sobre todo, le alarman, pero no se le escapan los síntomas de una nueva carlistada. Si de la fórmula triunfante, «monarquía constitucional», a los republicanos les repugna el sustantivo, «monarquía», a los carlistas les repugna el adjetivo, «constitucional». Consciente de la situación, no es de extrañar que en sus crónicas o «revistas» semanales Benjumea no muestre mucho entusiasmo por el nuevo rumbo de la política nacional.

1. Con anterioridad a Benjumea, habían dirigido *El Museo Universal* Bécquer (en 1866), Ventura Ruiz Aguilera (en 1867) y Francisco Giner de los Ríos (en 1868). A Benjumea le sucedió su amigo, también sevillano, Narciso Campillo, hasta la desaparición del semanario a finales de noviembre del mismo año, para renacer al mes siguiente con nuevo título, *La Ilustración Española y Americana*.

Otro de los asuntos que son objeto de su atención es la marcha de los acontecimientos en las provincias antillanas. En el primer número, el del 3 de enero, muestra sus temores por la situación de Cuba y, tras unos primeros momentos de optimismo, no tarda en confesar que no puede llegarse a la paz mientras en Cuba y Puerto Rico no se amplíen las libertades democráticas, con la advertencia de que los Estados Unidos no van a ser meros espectadores en el conflicto.

La misma o parecida inestabilidad observa Benjumea en la política europea. Es la época de los imperialismos, con la carga de agresividad que llevan consigo. Francia, que está protagonizando un notable desarrollo tecnológico, patente en obras de ingeniería civil tan espectaculares como el Canal de Suez, adolece de graves problemas internos, que Benjumea achaca al talante autoritario y belicoso de Napoleón III y que desembocarán en la próxima Guerra Franco-Prusiana y en la instauración de la III República. Su política exterior está marcada por el colonialismo (Indochina, Argelia...), la creciente agresividad frente Alemania y Austria y el intervencionismo en Méjico y en el proceso de la unificación italiana.

Inglaterra comparte con Francia el protagonismo en el desarrollo industrial, científico y tecnológico y mantiene el poderío naval y su papel de promotora y garante de las libertades allá donde llega su influencia. Tampoco está exenta de tensiones internas, sobre todo las producidas por el problema irlandés y por las consecuencias sociales del desarrollo industrial, con una masa obrera que pugna por salir de la miseria. De todo ello había escrito Benjumea en *Costumbres del Universo*.

Italia y Alemania están en pleno proceso de unificación y los imperios ruso y turco no acaban de asimilar los resultados de la Paz de París, tras la Guerra de Crimea.

Es curioso comprobar la atención que presta Benjumea a los Estados Unidos, «un joven país que pide paso». Había pasado por una cruenta Guerra Civil y estaba comenzando a poner los cimientos de su imperio. Quedaba pendiente, como consecuencia de la guerra, la indemnización del *Alabama*, hundido por Inglaterra. Disraeli se negaba a pagar y el contencioso no se solucionó hasta 1872. Cuando escribe Benjumea, la cuestión está en su momento más agrio.

Políticas al margen, Benjumea muestra curiosidad por otros aspectos de la vida americana, como la inmigración china o las obras del ferrocarril del Pacífico. Su admiración por los Estados Unidos no le impide la denuncia de sus defectos, a los que alude con socarronería. Entre ellos destaca el infantilismo y la excentricidad, manifestados en la proliferación caótica de las sectas o en extravagancias como la organización en Boston de una «fiesta

filarmónica» monstruosa, en la que intervinieron ¡cinco mil cantantes y mil instrumentistas!, con disparos de artillería incluidos. Ante semejante infantilismo y mal gusto, Benjumea, exquisito melómano, se burla del ruido ensordecedor: «¡Oh Mozart!, ¿para cuándo guardas tu indignación?»

En estas «revistas semanales» no podía faltar la presencia de eventos, a pequeña y gran escala, de muy variada temática, celebrados en España, por no decir en Madrid. Unos atañen a cuestiones como la libertad de prensa y de cultos, el desarrollo de la educación en las clases populares, la incipiente y progresiva emancipación de la mujer, la mejora de la sanidad y las iniciativas de la salud y la beneficencia públicas. Otros son de menor entidad ideológica, como los carnavales, la Semana Santa, los conciertos veraniegos o las vacaciones de la aristocracia y la alta burguesía. A veces se permite reseñar la aparición del libro de algún amigo para ayudar a su divulgación.

En fin, como hemos podido ver, las «revistas semanales» son buen testimonio de la marcha de la sociedad española y extranjera durante los ocho meses en que Benjumea dirigió el gran semanario madrileño.

Finalizado a últimos de agosto su protagonismo en *El Museo Universal*, vuelve a Londres, a sus negocios y a sus literaturas. Sigue con sus versos y sus artículos cervantinos o de interés general, en la prensa londinense y en la española. Publica el opúsculo *El mensaje de Merlín* (1875) y su primera biografía de Cervantes, *La verdad sobre el «Quijote»* (1878).

La Academia das Ciências de Lisboa le acoge entre sus miembros como gesto de agradecimiento por su defensa de la autoría portuguesa del *Palmerín de Inglaterra*.

A principio de los 80 recalca en Barcelona, probablemente de la mano de su amigo el activista masónico Luis Ricardo Fors, con quien codirige la publicación de *Los hombres españoles, americanos y lusitanos pintados por sí mismos* (¿1882?). Para la monumental edición del *Quijote* (Barcelona, Montaner y Simón, 1880-1883), redacta, como introducción, una segunda «Vida de Cervantes» y unas extensísimas «Notas sobre el sentido espiritual del *Quijote*», ya aludidas más arriba.

Su aclimatación al ambiente cultural de la capital catalana es total. Participa con asiduidad en las actividades del Ateneo Barcelonés y su firma aparece con frecuencia en *La Ilustración* y en las *Notas Musicales y Literarias*, que dirige Felipe Pedrell. Pero donde se vuelca es en su colaboración con el movimiento feminista, de signo burgués, protagonizado por un grupo de mujeres (María Josefa Massanés, Dolors Monserdà, *Esmeralda Cervantes* [Clotilde Cerdà], María Mendoza de Vives...) que dan vida a *La Ilustración*

de la Mujer, la revista quincenal que dirige Benjumea desde su aparición hasta la muerte del escritor.

El 8 de marzo de 1884, un día antes de cumplir 56 años, Nicolás Díaz de Benjumea y Oya muere, a consecuencia de una afección pulmonar, en su domicilio de la calle de San Ramón, en pleno Raval, y es enterrado al día siguiente en el recién inaugurado cementerio de Montjuïc. Sus amigos y compañeros le despiden con «un ramo de laureles y siemprevivas». Su hermano Rafael, el pintor, colocó su retrato en la exposición que organizó en Madrid, de la que dice el cronista del evento:

44

En caballete cubierto de negra gasa está colocado el retrato del malogrado hermano del autor, D. Nicolás Díaz Benjumea. De fisonomía simpática e inteligente, aparece reconcentrado en sí mismo. Vestido de toga, tiene en la mano derecha, que descansa en su pecho, un legajo de papeles en cuya cubierta se lee este epígrafe: «Comentarios filosóficos de D. *Quijote*». La corona de siemprevivas que sus amigos de Barcelona pusieron sobre el féretro está colocada en la parte superior del caballete.

Desgraciadamente se ha perdido la pista del retrato, y sólo nos queda, como único testimonio de su físico, el grabado que a su muerte publicó *La Ilustración Española y Americana*.

De su talante se puede decir que se observa en él una curiosa dicotomía: contrasta la seriedad casi trágica cuando trata asuntos cervantinos o políticos con la desinhibición, jocosidad y ganas de bulla de su vida privada, como demuestra su correspondencia con Campillo. Benjumea era un tipo vital, simpático y ocurrente.

Aunque ha pasado diez años en Londres –escribe Campillo a Laverde en 1863– y ha vivido también en Rusia, no ha perdido el sello andaluz ni las ocurrencias propias de la tierra. No podrá negar que es sevillano, y de los finos.

Basta leer sus «Episodios cómicos de un viaje a Rusia» o su descripción de la Semana Santa sevillana para comprobar que Campillo tenía razón.

En su memoria el Ayuntamiento de Sevilla colocó una lápida en su casa natal de la calle Toqueros con el siguiente texto:

Aquí nació en 9 de marzo de 1828 D. Nicolás Díaz Benjumea, notabilísimo y profundo publicista, escritor galano, inspirado poeta y

comentador profundo de las obras del gran Cervantes. Falleció en Barcelona el día 8 de marzo de 1884.

El Excmo. Ayuntamiento de Sevilla consagra este homenaje a su memoria.

Hubo intentos de dedicarle también la calle Toqueros, pero el intento se frustró y en su lugar acabó sustituyéndole en el callejero sevillano el conde de Ibarra. Cincuenta años más tarde, Benjumea tuvo su calle en el Cerro del Águila y ahí sigue.

* * *

45

A la exposición del contenido de los escritos de Nicolás Díaz de Benjumea y al esclarecimiento, hasta donde me ha sido posible, de los pormenores de su biografía he dedicado mi labor, que no ha resultado nada fácil, porque si bien es verdad que en el itinerario vital de don Nicolás no se perciben pasajes especialmente oscuros y conflictivos, no es menos verdad que su peripecia no está regida por la linealidad progresiva sino por un continuo volver al punto de partida. Por eso he optado por seguirle la pista mediante la exposición de sus escritos más que mediante la articulación de los estrictos datos biográficos.

A la vista de sus escritos, podemos decir que Benjumea fue un intelectual honrado, laborioso, inteligente, culto y enamorado del progreso. Como cervantista, cometió el error de dejarse seducir por Urganda la Desconocida, confundiendo la realidad con los sueños visionarios que le infundió la maga, y el resultado fue una obra llena de agudeza, pero lastrada por sus propias obsesiones. Como periodista, aprovechó las circunstancias en que le colocó la vida y que le permitieron ensanchar sus horizontes, librándole de la miopía provinciana que padecieron tantos letraheridos de su época. Como escritor político, puso sus convicciones liberales al servicio del Partido Democrático con un desinterés y un idealismo que le definen y le honran.

En cuanto a su biografía, puede decirse que está presidida por el signo de la itinerancia y, en cierto modo, de la frustración. Tuvo que dedicarse a una actividad, la económica, que le desagradaba y que le llevó a largos años de permanencia en Londres, mientras su corazón y su cabeza nunca se apartaron de la realidad política de su patria, de sus quehaceres literarios y, por encima de todo, de su dedicación constante y fervorosa al descubrimiento del sentido oculto que, según él, había querido encerrar Cervantes en su *Quijote*.

Sirvan estas líneas de homenaje a su figura, como un remedo de la corona de laureles y siemprevivas que le ofrecieron a su muerte sus amigos barceloneses.

* * *

46

No puedo por menos de agradecer la ayuda que, por ejemplo, me han proporcionado la experta y solícita Marta Palenque para adentrarme en la jungla del mundillo sevillano de la época y la de mi paisano José Luna Borge, también eficaz proveedor de material sevillano. He contado también con los buenos oficios de los pacientes y permisivos bibliotecarios de mi universidad, sobre todo con los del llorado José Luis Rivera, con los del Archivo Municipal y del Archivo y Biblioteca de la Universidad de Sevilla y los de la Biblioteca de Cataluña, de Jesús Barrajón y Miguel Ángel Martín-Hervás, fieles lazarillos en los tortuosos recovecos de la Biblioteca Nacional y la Hemeroteca Municipal de Madrid, de Alberto Caballero Klink para la Biblioteca Pública de Ciudad Real, de Manel Simó y Juan Francisco Giraldo para la Biblioteca de Cataluña y de Barry Taylor para la Newspapers Library de Londres. Fernando Galainena, viejo amigo, me dejó hurgar en su biblioteca los papeles de José M.^a Asensio. Manuel Alberca, desde su amistad y su autoridad en teoría de la biografía, no me ha escatimado sugerencias que remediaran mis vacilaciones. En momentos delicados, como el de la revisión final, he contado con la ayuda del incombustible Ángel Romera y el siempre agudo Manolo Cruz. Para el tratamiento de textos he tenido a mi lado a José Vicente Salido, a Rafael Lafuente, a las pacientísimas Rosa Guarnizo y Nines Ortega... y a una legión de incautos que me dedicaron horas de ordenador a cambio de un arroz con cangrejos o unas patatas con congrio. Ciertamente, no me ha faltado compañía.

Mención especial merece Pedro Piñero, amigo que siempre está en su sitio.

No quiero acabar sin pedir excusas anticipadas por los errores deslizados en estas páginas. Yo mismo me he metido en el fango al intentar reconstruir la biografía de Benjumea con una meticulosidad probablemente enfermiza que, con seguridad, me ha llevado a que en ocasiones me hayan bailado las fechas, los nombres, las páginas y otros pormenores, amén de las malas jugadas de la Informática. Cuento con la benevolencia del lector.

JOAQUÍN GONZÁLEZ CUENCA

RETRATO APÓCRIFO DE CERVANTES¹

1. Recreación a pluma de Eduardo Cano sobre la figura del joven barquero que aparece en el cuadro de Francisco Pacheco «San Pedro Nolasco embarcando para redimir cautivos», conservado en el Museo de Bellas Artes de Sevilla. A este pretendido retrato dedicó Benjumea un artículo en *Las Noticias*, de Madrid (agosto-septiembre, 1870) (ver págs. 645-646). El retrato a pluma aparece como ilustración en los preliminares de *La verdad sobre el Quijote* (Madrid, Gaspar Editores, 1878), biografía de Cervantes de la que me ocupó en su momento (págs. 781 y ss.). Incluyo aquí el grabado porque creo que ésta es la imagen de Cervantes que Benjumea tenía en la cabeza. No haría falta decir que hoy nadie acepta que Cervantes sirviera de modelo para la figura del tal barquero.